El invierno del descontento

Simon Gikandi

Mûrogi wa Kagogo
(El brujo del cuervo)
Ngugi wa Thiong'o
324 págs., East African
Educational Publishers,
Nairobi, 2004 (en kikuyu)

Agosto es el mes más cruel en Kenia. En las tierras altas alrededor de Nairobi, agosto es un mes frío; es el mes en que África oriental se acerca más al invierno. Según una leyenda popular, agosto es el mes de la muerte y la catástrofe. Los presidentes mueren en agosto. Los terroristas ponen bombas en las embajadas extranjeras en agosto. Pero, paradójicamente, agosto también es el mes del renacimiento. Con los centros educativos cerrados en Europa y Estados Unidos en agosto, miles de refugiados políticos kenianos vuelven a casa por vacaciones y para las reuniones familiares. Por eso, no fue sorprendente que Ngugi wa Thiong'o, uno de los más destacados novelistas de África, decidiera volver a Kenia, su país natal, tras 22 años de exilio, en el mes de agosto.

Para Ngugi -el más ferviente detractor en el mundo del autoritario presidente Daniel arap Moi, a quien la Constitución había impedido en 2002 volver a presentarse a las elecciones-, se suponía que la vuelta a casa iba a ser triunfal. En 1982, el escritor hizo la promesa de no regresar nunca a Kenia mientras Moi estuviera en el poder. En el plano personal, el retorno iba a ser la primera oportunidad para Ngugi de reunirse con la familia de su esposa. De hecho, se suponía que lo más destacado de la visita iba a ser su ngurario, boda tradicional kikuyu. Y Ngugi tenía algo más que celebrar: su regreso coincidía con la publicación de *Mûrogi wa Kagogo (El brujo del cuervo)*, su primera novela después de 20 años. El libro, que le llevó cinco años escribir, es una historia épica sobre las dictaduras poscoloniales. Las brutales

excentricidades de esos regímenes son uno de los temas más recurrentes en la literatura africana moderna. Ngugi revisó la novela una y otra vez a lo largo de los años, teniendo en cuenta las luchas de poder cambiante en Kenia, el escenario oculto y apenas enmascarado del libro.

A algunos ministros de la novela les han operado para agrandarle los ojos y las orejas y así poder servir al presidente lo mejor posible

Pero las historias de regresos triunfales rara vez terminan como uno había planeado. Para Ngugi, agosto iba a ser, en realidad, un mes de lo más cruel. El 11 de agosto de 2004 el autor fue brutalmente agredido en la habitación de su hotel de Nairobi por un grupo de hombres armados, y su mujer, violada. ¿Se trató de un acto de venganza política? ¿Había alguna relación entre la nueva novela de Ngugi y la agresión? Nadie sabe la respuesta todavía. El ataque sigue envuelto en un halo de confusión y especulación. Cualquiera que fuese el motivo de sus agresores, el atentado contra el autor y su esposa tendrá consecuencias literarias no previstas: todas las lecturas de *Mûgori wa Kagogo* estarán condicionadas, en parte, por lo que se cuenta de aquella terrible noche.

El autor keniano ha señalado que la frontera entre la realidad y la ficción en el África poscolonial suele ser poco nítida.
En esta obra, ambas colisionan en la creación de una despiadada sátira política. Los lectores familiarizados con la historia reciente de Kenia, especialmente con los años de Moi, reconocerán con facilidad los acontecimientos y los personajes de la novela.

Uno de ellos es el presidente de la ficticia república de Abaruria, que se presenta ante su gente como Mwathani o "señor y creador de la humanidad", a pesar de su inefable corrupción y depravación moral. Al principio de la novela, el presidente destierra a su mujer, confinándola en una aldea remota por pedirle que deje de acosar a las colegialas. La (ex) primera dama está recluida en una habitación donde el tiempo se ha parado. Al final de la novela, la mujer se ha convertido en un fantasma. Otros personajes son los principales ministros, hombres dispuestos a todo para demostrar su adoración al presidente. A algunos les han operado para agrandarles los ojos y las orejas y así poder servir al presidente lo mejor posible.

Para Ngugi, los hechos enmascarados en la ficción también pueden ser una fuente de humor. La situación más hilarante de su novela se produce cuando un joven llamado Kamiti (también el nombre de una prisión keniana) regresa después de acabar sus estudios universitarios en India. Como no encuentra trabajo, adopta una doble identidad. Por el día es un estudiante de Filosofía y Religión India con grandes dotes oratorias; por la noche, se viste con paño burdo y pide limosna para poder comer. Rápidamente se corre la voz de que Kamiti tiene poderes mágicos. La gente cree que es Mûrogi wa Kagogo, un personaje legendario de los kikuyu que tiene el poder de sanar y matar empleando la brujería. Alrededor de Kamiti se crea una obra de ficción. El joven es, al mismo tiempo, sanador de enfermedades y señor de la muerte. Al final, el personaje conoce a Nyawira, miembro de la clandestinidad radical. Los dos trabajan para transformar las prácticas tradicionales como la brujería y la "magia hipnótica" en un movimiento político de resistencia contra la dictadura.

La historia alcanza su clímax cuando varios miles de mujeres "le enseñan el trasero" al presidente, gesto que, en la tradición kikuyu, se considera como la más grande de todas las humillaciones. "Las mujeres", escribe Ngugi, "se colocaron de cara a la multitud y de espaldas al escenario, se agacharon, y se levantaron las faldas en un solo movimiento con el trasero mirando al presidente, como si estuvieran a punto de defecar en el estadio".

Al igual que otros muchos novelistas africanos, Ngugi construye su historia, en cierta medida, a partir de las reivindicaciones de modernización del régimen en el poder, que se encuentra en negociaciones con el "Banco Global" para financiar la construcción del edificio más alto de África. En sus trabajos anteriores, sobre todo en *Pétalos de sangre y El diablo en la cruz*, Ngugi hizo el mismo hincapié en la difícil transición de África a la modernidad, en concreto a través de historias de secularización y de liberación de los africanos de la irracionalidad de la naturaleza y el subdesarrollo. El ansia de modernidad vuelve a aparecer en *Mûrogi wa Kagogo*, pero la racionalidad moderna y la irracionalidad tradicional ya no se presentan como posiciones enfrentadas. Al contrario, los conceptos de la brujería y la magia se utilizan en nombre de la liberación y se ponen al servicio

de la conquista del poder.

Mûrogi wa Kagogo es, posiblemente, la venganza del autor contra el régimen que le exilió, destruyó su familia y censuró sus obras. Pero, después de tantos años en el exilio, ¿cómo han cambiado al autor el tiempo y la distancia? Por lo pronto, la influencia de otros escritores es ahora claramente visible. En sus mejores momentos escatológicos, esta novela recuerda a las grandes narraciones latinoamericanas sobre dictaduras de Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Asimismo, por primera vez, Ngugi parece estar abierto a las culturas y literaturas del denominado "Sur global", y especialmente de India, el mejor aliado de Kenia fuera de África. Como las demás novelas de Ngugi fueron escritas durante la guerra fría, época en que las cuestiones políticas estaban a menudo enmarcadas por el conflicto entre el Este y el Oeste, India y el Tercer Mundo solían tener una importancia menor para sus relatos de identidad global. En el exilio, tras la guerra fría, el keniano descubrió el *nuevo* Tercer Mundo en dos de las *grandes ciudades* del mundo, Londres y Nueva York, donde fue concebida y escrita la novela.

Al mismo tiempo, *Mûrogi wa Kagogo* es una novela de temática conocida y recurrente en el conjunto de obras del autor, que nos habla concretamente de una élite política movida por la codicia, la corrupción y el temor a la democracia. A decir verdad, la novela fue escrita bajo la sombra de lo que en su momento dio la impresión que sería una dictadura interminable. Hoy se presenta como un retrato vivo del poscolonialismo y de la banalidad del mal. En la nueva era de democracia de Kenia, se leerá como un análisis *post mortem* de un periodo doloroso de la historia del país.

El invierno del descontento. Simon Gikandi

Mûrogi wa Kagogo
(El brujo del cuervo)
Ngugi wa Thiong'o
324 págs., East African
Educational Publishers,
Nairobi, 2004 (en kikuyu)

Agosto es el mes más cruel en Kenia. En las tierras altas alrededor

de Nairobi, agosto es un mes frío; es el mes en que África oriental se acerca más al invierno. Según una leyenda popular, agosto es el mes de la muerte y la catástrofe. Los presidentes mueren en agosto. Los terroristas ponen bombas en las embajadas extranjeras en agosto. Pero, paradójicamente, agosto también es el mes del renacimiento. Con los centros educativos cerrados en Europa y Estados Unidos en agosto, miles de refugiados políticos kenianos vuelven a casa por vacaciones y para las reuniones familiares. Por eso, no fue sorprendente que Ngugi wa Thiong'o, uno de los más destacados novelistas de África, decidiera volver a Kenia, su país natal, tras 22 años de exilio, en el mes de agosto.

Para Ngugi -el más ferviente detractor en el mundo del autoritario presidente Daniel arap Moi, a quien la Constitución había impedido en 2002 volver a presentarse a las elecciones-, se suponía que la vuelta a casa iba a ser triunfal. En 1982, el escritor hizo la promesa de no regresar nunca a Kenia mientras Moi estuviera en el poder. En el plano personal, el retorno iba a ser la primera oportunidad para Ngugi de reunirse con la familia de su esposa. De hecho, se suponía que lo más destacado de la visita iba a ser su ngurario, boda tradicional kikuyu. Y Ngugi tenía algo más que celebrar: su regreso coincidía con la publicación de *Mûrogi wa Kagogo (El brujo del cuervo)*, su primera novela después de 20 años. El libro, que le llevó cinco años escribir, es una historia épica sobre las dictaduras poscoloniales. Las brutales excentricidades de esos regímenes son uno de los temas más recurrentes en la literatura africana moderna. Ngugi revisó la novela una y otra vez a lo largo de los años, teniendo en cuenta las luchas de poder cambiante en Kenia, el escenario oculto y apenas enmascarado del libro.

A algunos ministros de la novela les han operado para agrandarle los ojos y las orejas y así poder servir al presidente lo mejor posible

Pero las historias de regresos triunfales rara vez terminan como uno había planeado. Para Ngugi, agosto iba a ser, en realidad, un mes de lo más cruel. El 11 de agosto de 2004 el autor fue brutalmente agredido en la habitación de su hotel de Nairobi por un grupo de hombres armados, y su mujer, violada. ¿Se trató de un acto de venganza política? ¿Había alguna

relación entre la nueva novela de Ngugi y la agresión? Nadie sabe la respuesta todavía. El ataque sigue envuelto en un halo de confusión y especulación. Cualquiera que fuese el motivo de sus agresores, el atentado contra el autor y su esposa tendrá consecuencias literarias no previstas: todas las lecturas de *Mûgori wa Kagogo* estarán condicionadas, en parte, por lo que se cuenta de aquella terrible noche.

El autor keniano ha señalado que la frontera entre la realidad y la ficción en el África poscolonial suele ser poco nítida.
En esta obra, ambas colisionan en la creación de una despiadada sátira política. Los lectores familiarizados con la historia reciente de Kenia, especialmente con los años de Moi, reconocerán con facilidad los acontecimientos y los personajes de la novela.

Uno de ellos es el presidente de la ficticia república de Abaruria, que se presenta ante su gente como Mwathani o "señor y creador de la humanidad", a pesar de su inefable corrupción y depravación moral. Al principio de la novela, el presidente destierra a su mujer, confinándola en una aldea remota por pedirle que deje de acosar a las colegialas. La (ex) primera dama está recluida en una habitación donde el tiempo se ha parado. Al final de la novela, la mujer se ha convertido en un fantasma. Otros personajes son los principales ministros, hombres dispuestos a todo para demostrar su adoración al presidente. A algunos les han operado para agrandarles los ojos y las orejas y así poder servir al presidente lo mejor posible.

Para Ngugi, los hechos enmascarados en la ficción también pueden ser una fuente de humor. La situación más hilarante de su novela se produce cuando un joven llamado Kamiti (también el nombre de una

prisión keniana) regresa después de acabar sus estudios universitarios en India. Como no encuentra trabajo, adopta una doble identidad. Por el día es un estudiante de Filosofía y Religión India con grandes dotes oratorias; por la noche, se viste con paño burdo y pide limosna para poder comer. Rápidamente se corre la voz de que Kamiti tiene poderes mágicos. La gente cree que es Mûrogi wa Kagogo, un personaje legendario de los kikuyu que tiene el poder de sanar y matar empleando la brujería. Alrededor de Kamiti se crea una obra de ficción. El joven es, al mismo tiempo, sanador de enfermedades y señor de la muerte. Al final, el personaje conoce a Nyawira, miembro de la clandestinidad radical. Los dos trabajan para transformar las prácticas tradicionales como la brujería y la "magia hipnótica" en un movimiento político de resistencia contra la dictadura.

La historia alcanza su clímax cuando varios miles de mujeres "le enseñan el trasero" al presidente, gesto que, en la tradición kikuyu, se considera como la más grande de todas las humillaciones. "Las mujeres", escribe Ngugi, "se colocaron de cara a la multitud y de espaldas al escenario, se agacharon, y se levantaron las faldas en un solo movimiento con el trasero mirando al presidente, como si estuvieran a punto de defecar en el estadio".

Al igual que otros muchos novelistas africanos, Ngugi construye su historia, en cierta medida, a partir de las reivindicaciones de modernización del régimen en el poder, que se encuentra en negociaciones con el "Banco Global" para financiar la construcción del edificio más alto de África. En sus trabajos anteriores, sobre todo en *Pétalos de sangre y El diablo en la cruz*, Ngugi hizo el mismo hincapié en la difícil transición de África a la modernidad, en concreto a través de historias de secularización y de liberación de los africanos de la irracionalidad de la naturaleza y el subdesarrollo. El ansia de modernidad vuelve a aparecer en *Mûrogi wa Kagogo*, pero la racionalidad moderna y la irracionalidad tradicional ya no se presentan como posiciones enfrentadas. Al contrario, los conceptos de la brujería y la magia se utilizan en nombre de la liberación y se ponen al servicio de la conquista del poder.

Mûrogi wa Kagogo es, posiblemente, la venganza del autor contra el régimen

que le exilió, destruyó su familia y censuró sus obras.
Pero, después de tantos años en el exilio, ¿cómo
han cambiado al autor el tiempo y la distancia? Por lo pronto, la influencia
de otros escritores es ahora claramente visible. En sus mejores momentos escatológicos,
esta novela recuerda a las grandes narraciones latinoamericanas sobre dictaduras
de Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez.
Asimismo, por primera vez, Ngugi parece estar abierto a las culturas y literaturas
del denominado "Sur global", y especialmente de India, el mejor
aliado de Kenia fuera de África. Como las demás novelas de Ngugi
fueron escritas durante la guerra fría, época en que las cuestiones
políticas estaban a menudo enmarcadas por el conflicto entre el Este
y el Oeste, India y el Tercer Mundo solían tener una importancia menor
para sus relatos de identidad global. En el exilio, tras la guerra fría,
el keniano descubrió el *nuevo* Tercer Mundo en dos de las *grandes*
ciudades del mundo, Londres y Nueva York, donde fue concebida y escrita la novela.

Al mismo tiempo, *Mûrogi wa Kagogo* es una novela de temática conocida
y recurrente en el conjunto de obras del autor, que nos habla concretamente
de una élite política movida por la codicia, la corrupción
y el temor a la democracia. A decir verdad, la novela fue escrita bajo la sombra
de lo que en su momento dio la impresión que sería una dictadura
interminable. Hoy se presenta como un retrato vivo del poscolonialismo y de
la banalidad del mal. En la nueva era de democracia de Kenia, se leerá como
un análisis *post mortem* de un periodo doloroso de la historia del país.

Simon Gikandi es catedrático de Inglés en la
Universidad de Princeton (Estados Unidos).

Fecha de creación
10 septiembre, 2007